

EL JARDIN DEL EDEN.

Por Ursula Watts.

Me encanta trabajar en el jardín para relajarme y olvidarme de todo y de todos. A veces es difícil tener momentos de tranquilidad y es ahí donde me refugio, donde no escucho las voces. Mi esposa y yo bautizamos este lugar como: “El Edén”.

Empecé a oirlas desde el día que murió mi esposa. Estuvimos casados por más de veinte años hasta que un día amaneció muerta en medio del jardín. No puedo explicar su muerte, por más que me esfuerzo no recuerdo que le sucedió. No tuve tiempo de llorarla, no me dejaron hacerlo.

Le encantaban sus plantas y flores, las contemplaba por horas y horas. Pasaba tanto tiempo en él, que muchas veces me sentí solo. Ella no dejaba que nadie se ocupara de su “pequeño paraíso”, y eso era en realidad, en ningún sitio había un lugar tan esplendoroso y bello. Se sentaba en su silla de mimbre a tomar el sol y a tomarse un vaso de limonada. Le hablaba a sus flores, platicaba mucho con ellas. “Las mantiene sanas, les gusta escuchar mi voz”, solía decir. Yo no podía más que sentir celos y retirarme a ver televisión.

Tiempo después de que falleció, una noche, mientras veía caer los rayos tímidos de la luna reflejarse en el estanque de lirios, empecé a darme cuenta porqué ocupaba todo el día en su mantenimiento. Estoy seguro que las voces la obligaban a hacer cosas malas, la enloquecían. Estando ahí se callan, o más bien, las haces desaparecer por un rato. Pero siempre regresan, te piden más y no se detienen hasta que las complaces.

No lo pensé mucho a la hora de elegir dónde sepultarla. Justo donde los girasoles crecen con tanta hermosura que pueden hacerte llorar. Estoy seguro que no se siente sola en ese lugar, ahí rodeada de sus consentidas.

Muchas veces amanecí en medio del jardín, desnudo, lleno de tierra, sin recordar nada. Pero prefería estar ahí, embriagado por el aroma de Jazmín, de Rosa, de Violeta, de la dulce Margarita, que regresar a la fría y oscura monotonía del hogar.

¿Sabe? Ese lugar no era mas que un terreno vacío, lleno de piedras, basura de todo tipo y alimañas ponzoñosas, ojalá y hubiera podido verlo, entonces no estaría aquí, criticando lo que hicimos.

Un día mi mujer sintió la necesidad de hacer algo con ese pedazo de tierra. Lo mandamos a limpiar y fue ella la que empezó a embellecer el lugar. Fue plantando las flores poco a poco, una diferente por día. Aunque a veces pasaban días sin que lo hiciera, esos los ocupaba en regar y limpiar.

El lado izquierdo, hasta el sitio donde está ella enterrada, fue su trabajo. El Jacinto y su dulce color violáceo, el Narciso y su amarillo hipnotizante, el azul pálido de las flores del oloroso romero, todos los plantó ella ¿No son preciosos? ¿Dignos de una obra de arte?

Mi trabajo empezó justo el día que murió.

—¿Querrá decir el día que la asesinó, maldita bestia inmundada? —gritó Sánchez, el agente que lo interrogaba que se cansó de escuchar— Si no fuera por que no debo, juro que le llenaría el cráneo de plomo ¿Cómo pudieron hacerlo?

—¿Hacer qué, de qué me está hablando?

Sánchez no pudo contenerse más, con la cachaca de la pistola le golpeó la boca, partiéndole varios dientes. El hombre sólo se quedó mirándolo, asustado, confundido, con un dolor que lo hizo gritar de angustia y la boca llena de sangre.

Sintió el frío de las esposas contra sus muñecas y el calor del asiento de la patrulla. Entonces fue que recordó, fue como si de pronto una pantalla de cine se proyectara dentro de su cerebro y todo lo que había olvidado le pasara ante sus ojos en cámara lenta.

Los niños de la calle que su esposa traía a la casa para darles de comer, la leche con narcóticos para hacerlos dormir, las noches que ella se pasaba en el jardín, primero excavando, después aplanando la tierra para terminar plantando semillas. Luego la noche que su mujer le dijo que ella había terminado su parte, recordó como la golpeó con la pala hasta que dejó de

convulsionar. Luego, las voces que lo torturaban durante todo el día, sus búsquedas en los parques y calles de la ciudad, las comidas con las niñas, el veneno en sus bebidas, las noches que pasaba enterrándolas en su parte del jardín. La paz que sentía al acostarse junto a sus flores, desnudo, revolcándose en la tierra negra y fangosa. El silencio que podía disfrutar después de un día entero de trabajo.

Y debajo de cada flor un niño enterrado. No iba a ser difícil identificar los cadáveres, cada especie de flor o planta albergaba a uno del mismo nombre.